

Severo Martínez Peláez: la historia como compromiso

Carlos Figueroa Ibarra

El miércoles 14 de enero de 1998, en la madrugada, murió Severo Martínez Peláez, acaso el más grande historiador guatemalteco de todos los tiempos, definitivamente uno de los más grandes de Centroamérica y autor de un clásico de la historiografía latinoamericana, *La Patria del Criollo*, un hermoso libro acerca de la realidad colonial guatemalteca y centroamericana.

No fue Severo un hombre preocupado solamente por los archivos y la paleografía; su vocación como historiador siempre estuvo asociada a la política. Podemos decir que la gran motivación de *La Patria del Criollo*, y de la obra que ha dejado inconclusa *Motines de Indios*, fue una profunda convicción revolucionaria, esto es, la conciencia de que en Guatemala había que erradicar la patria del criollo y construir la patria de todos. Por ello, Severo hizo de la investigación y de la docencia armas políticas que le valieron el odio de la ultraderecha guatemalteca. Su militancia durante muchos años en el Partido Guatemalteco del Trabajo (PGT), y su trabajo constante en la investigación y difusión de sus obras tuvieron como resultado la obra que nos quedará y su salida al exilio en varias ocasiones, a efecto de poder salvar su vida ante el acoso de los escuadrones de la muerte que auspiciaba y dirigía la dictadura militar guatemalteca.

Su primera salida fue en 1954, cuando el gobierno revolucionario fue derrocado merced a la intervención estadounidense. De ese primer exilio Severo obtuvo la culminación de su formación científica en las aulas de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. En 1967 tuvo que volver a salir, esta vez a Sevilla, España, a consecuencia de la posible acción represiva que podría ejercer contra él "La Mano Blanca", el más temido de los escuadrones de la muerte que actuaron en aquel tiempo. De Sevilla, Severo trajo el manuscrito de *La Patria del Criollo*. Finalmente, en 1979, ante amenazas expresas del Ejército Secreto Anticomunista, volvió a salir a México en donde por propia elección decidió incorporarse a la Universidad Autónoma de Puebla. Ya no regresó a Guatemala sino en contadas ocasiones, como por ejemplo en 1992 cuando fue a recibir el

Doctorado Honoris Causa que la Universidad de San Carlos de Guatemala le otorgó.

Remembranzas¹

El primer recuerdo que tengo de Severo Martínez Peláez data de hace muchos años. Debió haber sido una tarde de 1961, cuando me pidió que lo acompañara a una habitación en los altos de aquel enorme y antiguo caserón situado en la tercera avenida de la zona 1 de la ciudad de Guatemala. Era la casa de su familia política, los Mazariegos, un enorme y ruidoso conjunto compuesto por muchos hermanos encabezados por la madre de todos ellos, doña Piedad viuda de Mazariegos, "la Pia", como siempre la llamó mi madre.

En aquella habitación, había un antiguo ropero color caoba. Severo se dirigió hacia dicho mueble, abrió una gaveta que se encontraba en la parte baja y mis ojos de niño se abrieron con admiración. Colocada con un orden y cuidado increíble, sobre un paño de fieltro, se encontraba una hermosa colección de flautas. Casi puedo sentir el olor de madera del viejo ropero y de las flautas cuando evoco la escena. En aquel entonces Severo era para mí un señor altísimo, con un severo bigote, un severo corte de pelo, y una severa mirada de cejas severas. Fue a ese señor a quien en aquella ocasión vi con maravilla y placer tocar una suave melodía. Sus dedos blancos y largos se movían con destreza, y sus ojos se cerraban mientras de aquella flauta dulce salía un Severo que era distinto a aquel hombre alto de maneras enérgicas...

Vida, música, filosofía y política

Todos sabemos que Severo Martínez Peláez fue un historiador de mérito innegable. Tan innegable que su obra *La Patria del Criollo* se ha convertido en un clásico de la historiografía latinoamericana, y que junto a *Motines de Indios* es una referencia indispensable para todo aquel que quiera conocer el pasado colonial de Guatemala y Centroamérica. Pero no todos saben que además de ello, terminó la carrera de pianista en el Conservatorio Nacional de Música de Guatemala, y eso aunque aparentemente no tenga mucho que ver con su faceta de historiador, en realidad tiene mucho que ver. Todo lo que hizo Severo estuvo vinculado a una sensibilidad y a una condición humana, de las cuales su gusto por la música fue solamente una manifestación.

¹ Presentación en el homenaje a Severo Martínez Peláez con motivo del xxv aniversario de la publicación de *La Patria del Criollo*. Aula Magna "Jesús Silva Herzog", Facultad de Economía de la Universidad Nacional Autónoma de México, 25 de octubre de 1996.

Cualquiera que haya escuchado con atención los relatos que de cuando en cuando hacía Severo de su vida, llegará a la conclusión de que su obra no solamente fue producto de una sólida convicción política y de una profunda reflexión con respecto a su propia vida.

Hijo de un comerciante español emigrado a Guatemala y de la hija de una familia de cafetaleros quezaltecos, Severo conoció las mieles de una vida acomodada. Educado en el Colegio Alemán de Quetzaltenango y luego, ya huérfano de madre, bajo la tutoría de una institutriz alemana, su vida bien habría podido ser otra, ajena a las penalidades de todos los que han optado por un compromiso con los oprimidos del mundo. Afortunadamente, la inteligencia de aquel muchacho que muy pronto empezó a devorar libros, no estaría destinada a continuar los negocios del padre. La crisis de 1929, que casi arruinó a su familia, y la sensibilidad ya mencionada, lo encaminaron por otros rumbos. En alguna de las notas de *La Patria del Criollo*, Severo nos relata un recuerdo de niñez y adolescencia que lo impactaría para toda la vida: un grupo de indígenas amarrados, llevados a la fuerza para trabajar en las extenuantes jornadas de las fincas cafetaleras.

La revolución guatemalteca, que se inauguró con el derrocamiento irreversible de la dictadura ubiquista, esa revolución que culminaría con la intervención estadounidense y el derrocamiento de Jacobo Arbenz Guzmán en 1954, también nos explican a Severo Martínez Peláez. Principiando porque se benefició con uno de los primeros frutos de la revolución: la fundación de la Facultad de Humanidades en 1945. En ésta encontró la que sería finalmente la vocación de su vida, el estudio de la historia y el apetito por desentrañar nuestro propio pasado.

La revolución condujo a Guatemala al siglo XX, trajo ideas que hasta entonces no habían sido admitidas debido al oscurantismo reaccionario y al despotismo cafetalero de la dictadura de Ubico. Trajo también exiliados de todas partes, entre ellos republicanos españoles, algunos de los cuales fueron maestros en la recién fundada facultad. Y trajo también sueños, sueños de un mundo sin indios encadenados, con goce igualitario de los frutos del trabajo, pan para el obrero, tierra para el campesino. Poco a poco, Severo se fue haciendo parte de esos mismos sueños y el haberse definido partidario de ellos le valió el destierro cuando triunfó la contrarrevolución de 1954.

Para ese entonces Severo había cambiado a la música por la historia, a Nietzsche por Marx, y la reflexión introspectiva se había completado con la participación activa a favor de la revolución.

Como presidente de la Asociación de Estudiantes de Humanidades, pronunció el discurso de bienvenida a la delegación guatemalteca, que venía de enfrentarse a la conjura imperialista, en la conferencia de la OEA de 1954 en

Caracas. En su calidad de presidente, leyó un pronunciamiento en contra de la intervención que siendo grabado fue difundido una y otra vez en la radio en aquellos aciagos días de junio.

Vida, música, filosofía y política fueron los elementos que Severo llevaba en su maleta de exiliado, en esos días de 1955 cuando ingresó a la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM para continuar sus estudios de historia. Se ganaba la vida corrigiendo la parte de historia de la enciclopedia UTEHA y trabajando para la librería universitaria. En la UNAM, el contacto con maestros de la talla de Edmundo O'Gorman y Wenceslao Roces sería definitivo en su vida. Casi puede decirse que el larguísimo proceso de elaboración de *La Patria del Criollo* comenzó por aquellos años.

La patria del criollo, la patria de todos

Tengo otra imagen de Severo grabada en la memoria. Debe haber sido una fría noche de 1966. Fue una de las veces en que mi casa fue cateada por un pelotón del ejército al mando de un civil, un policía judicial peinado como Elvis Presley quien, metralleta en mano, dirigió la revisión de dormitorios, libros, roperos, archivos. Dicen que después murió en un enfrentamiento con la resistencia urbana. Recuerdo a Severo bajar apresuradamente por las gradas que conducían al estudio de mi padre, mientras Mario Botzoc, líder estudiantil, después muerto en un combate, se ponía apresuradamente una pijama mía para simular que estaba durmiendo, y Roberto Andreu, a quien un día veremos caminar nuevamente por las calles de Guatemala, simulaba ser novio de una muchacha que participaba en la reunión. Recuerdo a Severo pidiéndome un vaso de agua para apurarse una tableta. Lo recuerdo sentado en la sala de mi casa, viéndome fijamente y diciéndome, mientras los soldados caminaban de un lado para otro, que ya estaba listo para lo que fuera.

Poco tiempo después, en 1967, Severo, su esposa Beatriz y sus hijas Iricel y Brisila, salieron para Sevilla, España. "La Mano Blanca", el escuadrón de la muerte más famoso durante la década de los sesenta, el mismo que participó con otras fuerzas represivas en el baño de sangre en que fue sumida Guatemala por aquellos años, lo amenazó de muerte. Severo fue beneficiado con una beca otorgada por la Universidad de San Carlos y en la plenitud de la vida, pudo trabajar en el Archivo General de Indias en Sevilla y culminar en lo esencial, una profunda reflexión con respecto a la realidad colonial guatemalteca, que había comenzado años atrás. Acaso muy pocas becas hayan sido otorgadas por la USAC con frutos tan grandiosos.

Es *La Patria del Criollo* un libro de hermosa prosa escrito con rigurosidad científica y pasión revolucionaria. La filosofía, la historia, estudiadas en la USAC

y en la UNAM, los sueños revolucionarios abortados en 1954, los indígenas amarrados caminando hacia el martirio cotidiano de la explotación, la vida despreocupada de la oligarquía cafetalera del Quetzaltenango de los años veinte, las tormentas interiores de un adolescente extraordinariamente dotado, todo eso y más, se convirtieron en un hermoso libro de 700 páginas en las que la rigurosidad analítica y el escrupuloso acopio de datos contribuyen a explicar los mecanismos internos, las regularidades, mentalidades e ignominias del orden colonial.

En *La Patria del Criollo*, la patria que Severo soñó que algún día será de todos, sobre todo de quienes viven de sus manos, es la patria de unos cuantos. Es la patria del oligarca criollo, Don Antonio Fuentes y Guzmán, que sube al Volcán de Agua y la mira como paisaje, con sus valles y montañas, lagos y ríos, la dulce patria vista como dominio, como exuberante vergel, cuyos frutos manan como leche y miel de pródigas ubres y panales. La hermosa patria que el criollo reclama para sí, con una hostilidad apenas disimulada para con la Corona y los peninsulares. Pero, entre los pliegues de ese paisaje está la cruda realidad: multitudes de indios sometidos a una salvaje explotación, arreados con cadenas para ir a trabajar al latifundio a través de mandamientos y repartimientos, obligados a pagar tributos y a comprar mercancías que no necesitan, pagados con moneda desgastada en las raras ocasiones en que reciben un salario, arrinconados en las tierras que no ambicionan ni los criollos ni la Corona, encerrados en "aquellas cárceles con régimen municipal" que son los *pueblos de indios*. Todos los agravios que sufren los que ahora llamamos pueblos mayas, las penas y condenas, el racismo, las raíces de la cultura del terror son analizados por Severo en su libro. En él, su autor distingue la encomienda del repartimiento, devela las raíces del latifundismo guatemalteco, disecciona la mentalidad racista y expoliadora del criollo, el origen y las modalidades del mestizaje y nos descubre el surgimiento del indio, como cultura de la opresión, como producto colonial.

En *Motines de Indios*, Severo continuará su análisis. Pero ya no se centrará este trabajo en la estructura política, económica y cultural de la explotación y la opresión de los indios, sino en su resistencia cotidiana. Los motines de indios nos dice, fueron continuos destellos que iluminaron la noche colonial, tercetos brotes de ira y resentimiento, tan continuos como que según nos dice, hubo en promedio al menos uno en cada semana de los tres siglos de la dominación colonial. Con la contundencia a la que siempre nos acostumbró, desechará las posibles críticas con respecto a que su estudio se centra en los momentos catastróficos o críticos de la historia, en lugar de hacerlo en los de la normalidad: "(...) la violencia manifestada en los momentos críticos –nos enseña Severo–, se está generando y acumulando todos los días en la entraña de la existencia 'normal'".

Nostalgia y destierro

Tanto en la perspectiva en que aborda los temas que investiga, como en la elección de los mismos, siempre hubo en Severo un contenido político. Cuando leo y vuelvo a leer sus obras, no puedo dejar de lamentar que no haya escrito más. Después recapacito y pienso en gente como Juan Rulfo, quien con una novela de extensión relativamente pequeña y un libro de cuentos se volvió un gigante literario. Y me pregunto, ¿quien es más grande, Balzac con sus decenas de libros y novelas o Flaubert con su *Madame Bovary*? Por lo demás, la obra de Severo no terminó en la investigación. Continuó en la docencia, podríamos decir masiva, que ejerció en la Facultad de Ciencias Económicas, en otros ámbitos de la Universidad de San Carlos, y ya de nueva cuenta en el exilio, en la que ejerció en la Universidad Autónoma de Puebla.

En lo que se refiere a la Universidad de San Carlos, puede decirse que miles de estudiantes pasaron por los planes de estudio de historia y sociología de Guatemala que Severo diseñó y por los maestros que él dirigió y preparó —entre los cuales puedo decir con orgullo que me cuento yo mismo—, para difundir su concepción. Por ello no debe extrañar que cuando en Centroamérica comenzó el incendio revolucionario, la dictadura militar guatemalteca lo puso en primera fila de aquellos que tenía que matar.

De esa coyuntura viene otro de los recuerdos que tengo de él. Fue el día en que la dictadura mató al talentoso dirigente socialdemócrata Alberto Fuentes Mohr. Con la energía acostumbrada, Severo tocó la puerta de mi cubículo en el Instituto de Investigaciones Económicas y Sociales de la USAC, en donde ambos trabajábamos. Me contó que se iba del país, y agregó que la *Caja Negra* (el grupo de militares que organizaba el terror) hacía meses tenía una lista de aquellos que deberían ser asesinados en primera instancia. Además de Fuentes Mohr se encontraban, entre otras personalidades y dirigentes sociales y políticos, Manuel Colóm Argueta, Manuel Andrade Roca y él mismo. Aquella noche oscura de enero de 1979, le acompañé hasta el automóvil que furtivamente lo sacó de la ciudad universitaria. La universidad estaba vacía, la muerte de Fuentes Mohr había llenado de terror el *campus*, y los sicarios casi descaradamente se apostaban en las puertas de las facultades para controlar a aquellos que ya estábamos en la mira. Habiendo salido de la Universidad de San Carlos, de manera subrepticia para salvar la vida, Severo no volvería a ella sino hasta el día en que ésta le otorgó el Doctorado *Honoris Causa*.

Tengo otros recuerdos o imágenes de él. Severo saliendo de la bartolina en la que estaba encarcelado para entrevistarse con Carlos González, jefe de la policía judicial en el año de 1964. Aquel esbirro había sido su compañero de estudios en la adolescencia y quizá por ello lo mandó traer a su oficina. Severo

pidiéndole que le devolviera los libros de marxismo que le habían incautado en el momento de la captura; Severo regalándole uno de esos libros para que "si estás combatiendo comunistas, por lo menos sepas quiénes son"; Severo haciendo pintas en las noches con sus compañeros de afanes libertarios; Severo inventando un método para pegar afiches del partido con la espalda; Severo escuchando una sinfonía de Brahms en su biblioteca, dando una conferencia o escribiendo con energía en una vieja máquina; Severo viendo al Popocatepetl desde Puebla y recordando con nostalgia el Volcán de Agua desde la Antigua.

Un día platicando en su casa de Guatemala, cuando otro baño de sangre se nos venía encima, le pregunté: "Maestro, y usted ¿por qué ya no toca la flauta?". Se me quedó mirando fijamente, con esas cejas pobladas que de niño me daban miedo, y me respondió: "Hay demasiada tristeza alrededor nuestro como para que yo siga tocándola".

Tal vez por esto, de todas las imágenes y recuerdos que ahora he compartido con ustedes, la más entrañable es la primera de ellas. La de aquella soleada tarde de 1961, cuando Severo me llevó a aquella habitación de los altos de la vieja casona de los Mazariegos, abrió la gaveta del viejo ropero y me enseñó su colección de flautas. Yo soy un niño que mira asombrado a aquel hombre altísimo de bigote y cejas pobladas, que entrecierra los ojos mientras toca la flauta. Afuera el sol ilumina el patio y las escaleras, Guatemala es pequeña y tibia y nadie se ha muerto todavía. Severo mueve sus dedos con destreza y la dulzura de la melodía que le arranca la flauta borra las líneas de su frente.

Y su espíritu, y todo lo que le rodea, se embarga de paz y serenidad.